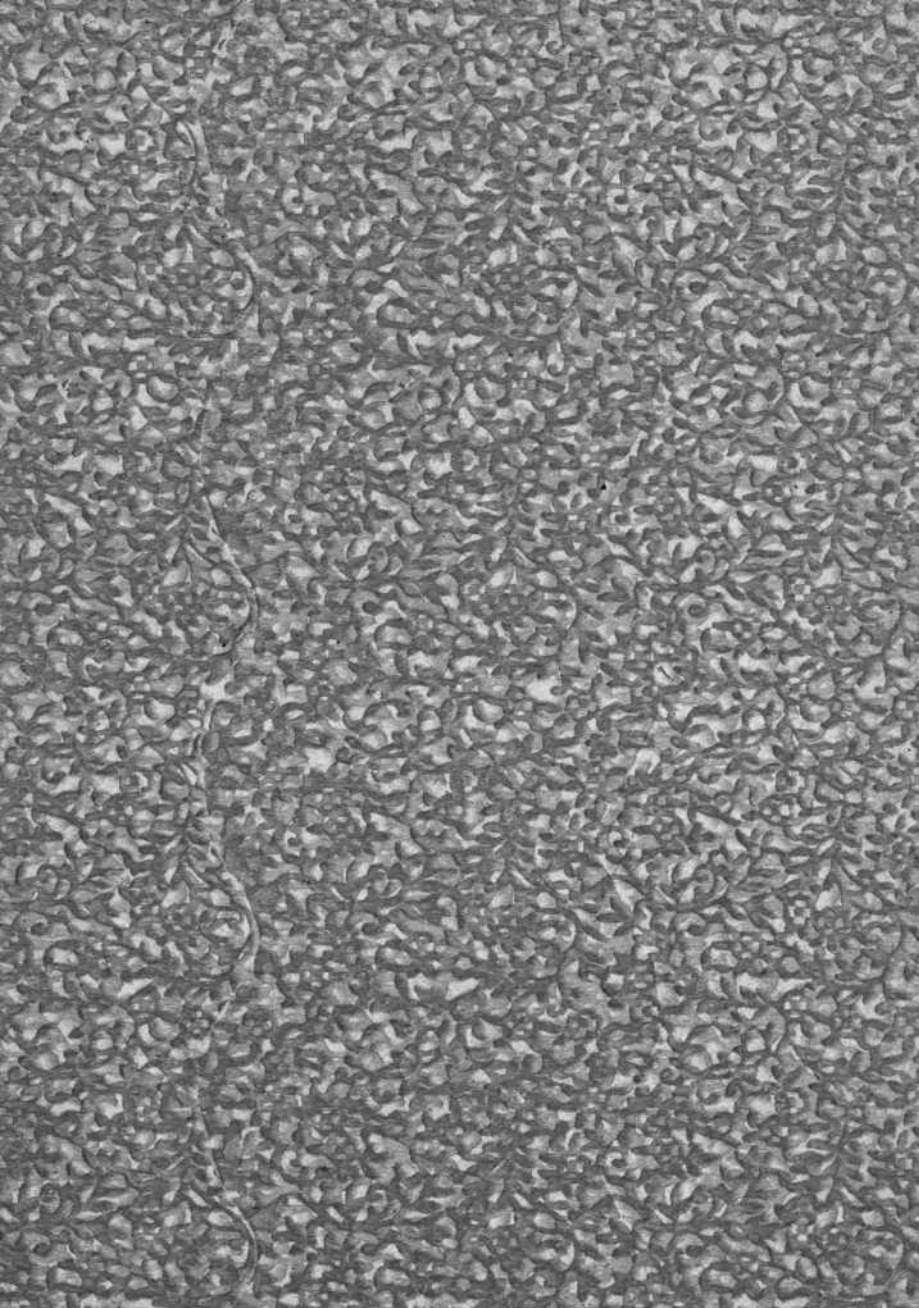


19.

SANTA TERESA
DE JESÚS







¿LOS MÍSTICOS ESPAÑOLES

ERAN

PROTESTANTES?

.....

SANTA TERESA DE JESUS.



MADRID

LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA,

59. Jacometrezo 59.

—
1892.

SANTA TERESA DE JESUS.



I.

Paralelo entre Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

La tradición y la historia han establecido, de comun acuerdo, un paralelismo entre estas dos grandes almas que se encontraron juntas en el espacio y en el tiempo, señalándose por una misma divina tendencia, por una pureza y espirituaridad tan semejantes en apariencia entre sí, que se las ha considerado como dos estrellas gemelas de idéntica magnitud en el cielo de la Iglesia cristiana.

No disputaremos los respectivos títulos que cada una presente á la admiracion de las generaciones; porque, en medio de sus rasgos comunes, la diferencia de sexo, de educacion y de temperamento establecen divergencias tan profundas, que hacen imposible avalorar y pesar matemáticamente los méritos que á cada uno distinguen. Nuestra tarea es más modesta, pues se reduce á fijar en este momento la mayor ó menor distancia que les separa del catolicismo.

Insigne locura fuera pretender que una mujer iliterata, supeditada á las influencias varoniles, de las cuales una mujer no puede nunca prescindir, desplegara la gallardía, la independencia, la indomable fiereza de que hemos visto hacer gala á San Juan de la Cruz, tanto en lo que respecta á las personas, como á las doctrinas eclesiásticas. Esto contradeciría las leyes de la naturaleza y de la lógica; y habremos, por tanto, de contentarnos con ver solamente dibujadas en Santa Teresa las tendencias reformadoras, bíblicas ó protestantes, que en su ilustre amigo se marcaron con tan profundo relieve hasta llegar á hacer de él, más que un discípulo, un maestro de sus contemporáneos los protestantes anglo-sajones del siglo XVI.

* * *

Es digno de notarse que, lo mismo Santa Teresa que San Juan de la Cruz, se nos presentan con el carácter de *reformadores*, aunque no sea más que en el modesto círculo de la Orden carmelitana. ¿Por qué se les ocurrió á entrambos la misma idea de *reformar*, coincidiendo con la aspiración de todas las grandes almas de aquellos tiempos, dentro y fuera de la iglesia católica?

Todos obedecieron espontáneamente á un mismo influjo, á la influencia del Espíritu. Veían, como todas las personas sinceramente cristianas, que la Iglesia había llegado á petrificarse, á materializarse, lo mismo en los organismos llamados religiosos que en el mundo láico, merced á la creciente preponderancia de las formas exteriores y exageraciones del culto. Advirtieron con horror que debajo de la exuberancia de los símbolos, se hacia el vacío, y que la vida espiritual abandonaba rápida-

mente el gigantesco cuerpo de la iglesia romana. Entónces lanzaron en el Mediodía el estridente grito, que respondió al no ménos agudo que partia de las regiones del Norte, clamando en una y otra parte: ¡*Reforma!*

En esto se parecieron los dos grandes atletas que hemos puesto en parangon. Ambos tenian el sentido de lo divino; ambos repugnaban la corrupcion y rutina dominantes; ambos suspiraban por el advenimiento del *reino de Dios*. Y no solamente se parecian en esto, sino en cierta timidez y supersticioso respeto al terrible fantasma de la iglesia romana, que no les dejaba ver ni la posibilidad de luchar con ella frente á frente, levantando bandera contra bandera, ejército contra ejército, como hicieron sus compañeros del Septentrion. Nominal y aparentemente vivieron ambos y murieron en el seno de la iglesia, cuyas deficiencias condenaban con su espíritu *reformador*.

Pero hemos de hacer constar en favor del hijo de Ontiveros un concepto mucho más alto de espiritualismo cristiano. Por más que la tradición se haya empeñado en presentar á entrambos *místicos* como dos almas que vibraban al unísono y se confundian en un mismo sentimiento, la diferencia era profunda, el grado de espiritualidad muy distinto, segun se desprende de muchos pasajes de sus obras, entre los cuales nos limitamos á consignar los siguientes.

Dice Santa Teresa, dirigiéndose á San Juan de la Cruz:

«Dios me libre de gente tan espiritual que todo lo quiere hacer contemplacion perfecta, *diere donde diere*.—Con todo eso le agradecemos el habernos dado tambien á entender *lo que no preguntamos*.—Por eso es bien hablar siempre de Dios, que de donde no pensamos nos viene el provecho.» (*Escritos sueltos*,

número 13, pág. 162, tomo LIII de la Biblioteca Rivadeneyra.)

¿Quién no advierte en las líneas copiadas una finísima ironía que delata, si no manifiesta hostilidad, profundo disentimiento en el modo de sentir y comprender la vida cristiana? ¿No es verdad que sorprenden estos dejos humanos en un corazón que parecía totalmente enajenado en las cosas del cielo?

Todavía se muestra mejor el choque entre ambos espíritus, como entre dos nubes cargadas desigualmente de electricidad, en este otro pasaje de Santa Teresa que responde al mismo pensamiento:

«Hay almas que, como llegan á gustar oracion de quietud, y á gustar regalos y gustos del Señor, paréceles que es muy gran cosa estarse allí gustando. Pues créanme, y no se embeban tanto, que es larga la vida y hay en ella muchos trabajos, y hemos menester mirar á nuestro dechado Cristo, y aun á los apóstolés y santos para llevarlos con perfeccion. Es muy buena compañía el buen Jesus, para no nos apartar de ella y de su sacratísima Madre.....»

«Alegan lo que el Señor dijo á sus discípulos, que convenia que él se fuese: *Yo no puedo sufrir esto.....* Yo os digo, hijas, que lo tengo por peligroso camino, y que podria el demonio hacer perder la devocion por el Santísimo Sacramento.....»

No hemos de preguntar á quién iba dirigida esta filípica, despues de haber leído los conceptos de San Juan de la Cruz, que llevamos copiados en el anterior folleto. Mas, por su parte, no se descuidaba el sublime autor de la *Subida al Monte Carmelo*, y estampaba en dicho libro frases que iban directamente como saetas, enderezadas á su compañera de reforma carmelitana. Reproduciremos algunas por ser ya conocidas de nuestros lectores:

«Cosa es digna de espanto lo que pasa en nuestros tiempos, que cualquier alma de por ahí con cuatro maravedises de con-

sideracion, *si sienten algunas hablas en el recogimiento*, luego lo bautizan todo por de Dios, y suponen que es así, diciendo: «Díjome Dios, respondiómelo Dios, y no es así, sino que *ellas mismas lo dicen*, y ellas mismas lo responden con la gana que de ello tienen.» (Folleto 1.º, pág. 12.)

«El que en este tiempo quiera preguntar á Dios y tener alguna *vision ó revelacion*, parece que haria agravio á Dios, etcétera.» (Idem.)

«El alma que pretende revelaciones, peca venialmente por lo menos, aunque buenos fines tenga.» (Idem.)

«En todo nos hemos de guiar por la doctrina de Cristo... que para todo hallaremos por este camino abundante medicina, y lo que de él se apartare, *no sólo es curiosidad, sino mucho atrevimiento.*» (Idem, pág. 11.)

«El que quisiere ahora preguntar á Dios, ó querer alguna *vision ó revelacion*, parece que agravia á Dios no poniendo totalmente los ojos en Cristo.» (Idem, id.)

«El que quiere amar otra cosa que Dios, sin duda tiene en poco á Dios, pues pone en una balanza con Dios *lo que sumamente dista de él.*» (Idem, pág. 16.)

Despues de leer estos párrafos de San Juan de la Cruz, hojéense las *obras históricas* de Santa Teresa, y dígase si no son los anteriores conceptos la más solemne condenacion de las pretendidas revelaciones de Santa Teresa de Jesus.

¿Quiere esto decir que eran dos escritores rivales, dos tendencias incompatibles? Nada de eso: eran simplemente el más y el ménos; el águila y la paloma que vuelan en la misma direccion; pero á tan distintas alturas, que jamás pueden encontrarse: llevan entre sí la diferencia que hay entre la ciencia y la ignorancia, entre el hombre y la mujer.

Pero en el fondo coincidian; porque si Santa Teresa no tenia el alto espíritu de San Juan de la Cruz, aspiraba á tenerlo; si su temperamento femenino era desigual y no podia sostenerse en las alturas, las alcanzaba en cier-

tos momentos; en una palabra, *si no era protestante, tendia á serlo*, por una fuerza interior de que ella misma no se daba clara cuenta.

Es lo que vamos á demostrar.

II.

Protestantismo de Santa Teresa.

De seguro se hubiera horripilado la Santa y caído en el más profundo de sus síncope, si por acaso hubiese puesto la vista en la frase que acabamos de estampar. Ella, que tenía tanto horror al solo nombre de *luterano*; ella, que enristró la péñola, no siéndole posible la espada, con el solo objeto de defender á la iglesia romana; ella, que llena de profunda alarma, daba el toque de rebato, exclamando: «Estáse ardiendo el mundo; quieren tornar á crucificar á Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios, y quieren poner su Iglesia por el suelo.....» ¡Ella, la Doctora de la iglesia católica romana, acusada de tener espíritu y tendencias protestantes!

Todavía, para que se vea nuestra lealtad, copiaremos este más expresivo párrafo con que empieza uno de sus más conocidos libros:

«Venida á saber los daños de Francia de esos luteranos, y cuanto iba en crecimiento esta desventurada *seta*, fatiguéme mucho..... y como me ví mujer tan ruin, é imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor..... determiné hacer

eso poquito, que yo puedo y es en mí, que es seguir *los consejos evangélicos* con toda la perfeccion que yo pudiese.» (*Camino de perfeccion*, cap. 2.)

¿Qué prueban los párrafos que acabamos de transcribir? Sencillamente que Santa Teresa ignoraba por completo, qué eran los *luteranos* y *esta desventurada seta*, pues no la conocia sino por las interesadas y falsas descripciones que de ella le hacian los dueños absolutos de su conciencia.

Habrà advertido el lector que, en opinion de la Santa, los reformadores protestantes querian «tornar á crucificar á Cristo,» que «de levantaban mil testimonios y que querian poner á su iglesia por el suelo.» ¿Y qué oponia ella á la destructora avalancha? simplemente *los consejos evangélicos*.

Hé aquí manifiesto el engaño, pues precisamente toma nuestra escritora la bandera que tremolaban los que creia sus enemigos y los de sus creencias. Este Evangelio, estos consejos en donde se refugia su atribulado espíritu, era lo que enarbolaban aquellos hombres que llenaban de tales terrores el alma de la engañada mujer. Si ella hubiera sabido, si hubiera tenido serenidad para contemplar lo que se encerraba en la gran Protesta de aquel siglo, aunque no fué siempre bien comprendido, se hubiera constituido en su propagandista, en su apóstol, encontrando allí la realizacion de las más grandes aspiraciones de su alma. Lo probaremos.

* * *

¿Qué queria, qué representaba la Reforma?

La reivindicacion por el pueblo creyente de las Sagradas Escrituras, que el clero habia secuestrado sustrayéndolas y escondiéndolas al mundo láico.

¿Qué quería Santa Teresa?

Lo dice, entre otras muchas frases que podríamos citar, en las siguientes:

«¡Ay Jesús! y *quién supiera las muchas cosas de la Escritura, que debe haber para dar á entender esta paz del alma.*» (*Morada 7.^a, cap. 3.*)

En sus cartas se encuentran frases como estas:

«*Por cualquier verdad de la Escritura, me pondría yo á morir mil muertes.*» «Supliquéle mirase muy bien, y me dijese si habia en mi escrito *algo contra la Santa Escritura, y lo que de todo sentia.*»

Narrando en otra parte una de sus muchas *comunicaciones* reales ó aparentes, dice: «Yo no sé cómo fué esto, porque no ví nada; mas quedé de tal suerte, que tampoco sé decir con grandísima fortaleza y muy de veras *para cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina.*»

Este afan por conocer la Escritura divina y amoldar á ella su vida se manifiesta todavía, mejor que en estas y otras frases sueltas, en el hecho de haber consagrado sus mejores obras al comentario y explicacion de la misma, en la escasa medida que se le permitió conocerla.

Es cosa digna de consideracion que todas las *obras doctrinales* de Santa Teresa de Jesus tienen por objeto la *interpretacion privada de las Escrituras*. Llamamos poderosamente la atencion de las personas imparciales sobre este hecho innegable, para que se convenzan de que la insigne escritora, en apariencia y en sentir suyo, tan enemiga, tan temerosa de la invasion de las *desventuradas setas*, comulgaba con ellas en una misma aspiracion fundamental; *la santificacion del hombre por la meditacion y lectura de la palabra de Dios y la interpretacion privada.*

En efecto: ¿en qué consiste el conocido libro *Camino de perfeccion*?

En la explicacion del *Padre nuestro*, en una exégesis bíblica, practicada por quien no tenia mision ni autoridad para enseñar é interpretar la Biblia dentro de la iglesia católica. Excepto los dos ó tres primeros capítulos, que sólo contienen generalidades, lo restante está consagrado á esta tarea esencialmente protestante.

¿En qué consiste el no ménos precioso libro *Conceptos de amor divino*?

Pásmese el lector, en un comentario del *Cantar de los cantares*, el más escabroso libro de la Biblia, con el cual no se han atrevido algunos de los más grandes Padres de la Iglesia. Santa Teresa, sin embargo, lo acometió, sin consultar á su calidad de mujer, y, por tanto, doblemente impedida para arrebatar tan altas funciones á la *Iglesia docente*, única autorizada, dentro de la doctrina romana, para suministrar á los fieles el manjar de la Biblia, y muy particularmente el de este libro. ¿Merece calificarse tal conducta y propension de católica ó de protestante?

Queda otro libro doctrinal, tal vez el más inspirado de la egregia escritora, y el que le ha dado mayor renombre en el mundo de las letras, *Las Moradas*, obra maravillosa de diction y de intencion filosófica, en la cual la insigne autora echó el resto, como suele decirse, para demostrar la soberana grandeza de su inteligencia y de su corazon. ¿Y qué son *Las Moradas*?

Una série no interrumpida de textos ó alusiones bíblicas, que su perspicacia habia logrado arrancar de la envoltura latina, alternados con arranques que tocan las alturas alcanzadas por San Juan de la Cruz. Hay en esta obra desigual grandes caidas, cuyo origen señalaremos

luego; pero tambien intuiciones que recuerdan las del gran escritor carmelitano, como, por ejemplo, cuando dice en el capítulo 11 de las mismas, hablando de Dios en el alma:

«Antes que pase delante, os quiero decir que consideréis qué será ver este Castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que es plantado en las mismas aguas de la vida, que es Dios, cuando cae en un pecado mortal... No queráis saber más que con estarse el mismo sol, que le daba tanto resplandor y hermosura, todavía en el centro del alma, es todavía como si allí no estuviese... siendo tan capaz para gozar de su Majestad, como el cristal para resplandecer en el sol.»

En el *Camino de perfeccion*, dice, comentando el *Padre nuestro*:

«Ahora, mirad que dice Padre... ¿Pensais que os importa poco saber qué cosa es el cielo y á dónde se ha de buscar nuestro Sacratísimo Padre...?»

«Ya habréis oido que Dios está en todas partes, y esto es gran verdad; pues ya habreis oido que donde está el rey allí dicen que es la corte.... En fin, que donde está Dios, allí es el cielo. A donde está su Majestad, allí está toda la gloria... Por esto dijo San Agustín que le buscaba en muchas partes y que le vino á hallar dentro de sí.»

Todo este orden de ideas pertenece á la más alta filosofía.

En la *Morada 5.^a* dice:

«Tornemos á lo que decia. Entónces comienza á tener vida este gusano (el alma devota) cuando con el calor del Espíritu Santo se comienza á aprovechar del auxilio general que á todos nos da Dios, y cuando comienza á aprovecharse de los remedios que dejó á su Iglesia.... Entonces comienza á vivir, y váse sustentando en eso y en buenas meditaciones, hasta que está crecida, que es lo que á mí me hace al caso, *que esotro no me importa.*»

¿Qué es *esotro* que no le importa á la Santa? No puede referirse más que á «dos remedios que dejó á su Iglesia.» Su alto instinto espiritual, cuando le llevaba á esas alturas, le hacia mirar con desdén aquello que en su vida ordinaria adoraba, produciéndose en su alma el dualismo que atormentó á Platon, á Sócrates, á todos los grandes espíritus que han querido compartir sus homenajes entre Dios y los ídolos.

La nota, sin embargo, está dada, y en ella probó Teresa que sabia, á trechos, remontarse á las alturas del espiritualismo cristiano, y que, á través de las tinieblas católicas que la envolvian, percibia su perspicaz mirada la luz eterna, el sol de la revelacion, reflejado mayormente en las aguas de la Biblia.

(Como término de este ligero estudio sobre el cristianismo verdadero que revelan las principales obras de Santa Teresa, aunque otras lo desmienta, copiaremos la siguiente octava en la que el corazon de la Santa vibra al unísono del de San Juan de la Cruz, de David, de los Profetos, de los Apóstoles, y de los escritores todos de ambos Testamentos:

Dichoso el corazon enamorado
Que en sólo Dios ha puesto el pensamiento,
Por él renuncia todo lo criado,
Y en él halla su gloria y su contento.
Aun de sí mismo vive descuidado,
Porque en su Dios está todo su intento
Y así alegre pasa, y muy dichoso
Las ondas de este mar tempestuoso.

¿En dónde están las reservas que hacia la estática Doctora al hablar de este asunto á San Juan de la Cruz? ¿Por qué no le hacen falta ahora la «sacratísima Virgen» y los «santos,» y todo aquel bagaje á que se mostraba allí tan aficionada?

Es que en Santa Teresa de Jesus habia dos tipos, dos almas, dos personajes; el *protestante* que acabamos de admirar, y el *católico romano*, de que pronto nos ocuparemos.

* * *

Otro rasgo notable, desde nuestro punto de vista, es la desconfianza instintiva que sentia Teresa por la gente clerical. Aparte su antipatía á los frailes y á la Compañía de Jesus, que el ultramontano D. Vicente la Fuente coloca en el número de las «debilidades de la Santa,» (1) se encuentran innumerables frases que descubren claramente la opinion que la ilustre fundadora tenia de los llamados ministros de la religion. Oigamos cómo se expresa en los siguientes pasajes:

«La llave de la red y portería tenga la priora, y cuando entrare algun médico ó barbero, ó las demás personas necesarias de casa, ó confesor, siempre vayan dos terceras personas delante; y cuando se confiese la enferma, esté la tercera desviada, de suerte que se pueda ver, con el cual no hable, si no fuere á alguna palabra respondiendo á lo que se le preguntare.»

(De las Constituciones.)

«Mucho es menester informarse de lo que se hace con el confesor, y no de una ni de dos, sino de todas, y la mano que se le dá, que pues no es vicario, ni le ha de haber, y se quita esto porque no le tengan; es menester que no haya comunicacion con él, sino muy moderadamente, y mientras ménos es mejor. Y en regalos y cumplimientos, si no fuese muy poco, se tenga gran aviso, aunque alguna vez no se podrá excusar alguna cosa. Antes le paguen más de lo que es la capellanía, que tener este cuidado, que hay muchos inconvenientes.»

(Modo de visitar los conventos.)

(1) Prólogo á las cartas.

«No sea lícito al Obispo ni á su vicario, entrar en la clausura del monasterio; mas hágase esta informacion, estando fuera, á á la red de la iglesia, y cumpliendo allí lo que el Concilio Tridentino les manda: *Vedamos en todo caso al Obispo* las preguntas que fuera de lo contenido en el sobredicho decreto, son imper-
tinentes al dicho exámen; y aún queremos que las doncellas, ó novicias, que no estén obligadas á responder á las preguntas que les fuesen hechas, fuera de lo que pertenece al exámen de la voluntad con que entraron en el monasterio, si fué libre ó no.»

(*Escritos sueltos, núm. 15.*)

«En que perpétuamente no sean vicarios de las monjas los confesores, pongo mucho: porque es cosa tan importante para estas casas, que *con serlo tanto, el no confesarse con los frailes*, como vuestra paternidad dice, y yo veo, antes pasaría por esto que porque cada confesor sea vicario. En esto hay grandes inconvenientes, y para mí uno basta, *que tengo bien visto*, que si el vicario se contenta de una, no puede la priora quitar que parle lo que quisiere con ella, porque es superior, y de ahí *vienen mil des-venturas.*»

.....
«*Vanos todo nuestro ser* en quitar la ocasion para que no haya *estos negros devotos destruidores de las esposas de Cristo*, que es menester ponerse siempre en lo peor que puede suceder, para quitar la ocasion, que se entra sin sentirlo por aquí el demonio.»

(*Carta 323, edic. de Rivadeneyra.*)

El lector deducirá por sí mismo las consecuencias que de las anteriores frases se deducen para probar la inclinacion espontánea de la ilustre escritora al protestantismo. Precisamente no es éste en el fondo otra cosa que la *desautorizacion del ministerio católico*, y ¿pudo salir de otra pluma más desautorizada que de la de Santa Teresa de Jesus?

No, no puede ser medicina creada por Dios, lo que lleva tan á menudo aparejado el veneno. No pueden ser representantes de los apóstoles los que merecen calificaciones tan injuriosas, como las que se permite la Santa.

No puede ser de origen divino una *institucion*, contra la cual hay que ponerse en guardia, como lo hace la atribulada Madre contra el *clericato* católico, á pesar de que «dos tiempos eran recios» y habia que tener «mucho ojo con la Inquisicion,» segun declara en otra carta.

Una persona que se hallaba en semejante *tessitura* de espíritu, si no era protestante, estaba á dos dedos de serlo. ¿Qué otro fué, por ventura, el estímulo que levantó la protesta de Lutero y todas las que durante cuatro siglos han aparecido despues de él?

III.

Catolicismo de Santa Teresa.

Si es evidente que Santa Teresa de Jesus ofrece en sus *obras doctrinales* pronunciados rasgos de lo que se llama vulgarmente *protestantismo*, ora en los asuntos de estas brillantes composiciones, que son todos *bíblicos*, ora en su manera de tratarlos, no apelando nunca al testimonio de la *Iglesia*, ni á los textos de sus Doctores y Maestros, ó finalmente, alzando de vez en cuando el vuelo á las alturas de los grandes reformadores, desde las cuales apenas se divisa la fantasmagoría idolátrica del paganismo romano; si en sus obras *preceptivas* y epistolares dió todavía más claras muestras de esta tendencia á emanciparse del catolicismo, no es ménos cierto que en sus obras *históricas* y otros rasgos parciales de las

restantes, la ilustre hija de Avila es neta y francamente católica, apostólica, romana.

No puede decirse esto en honor suyo, pues ahí estriba precisamente el secreto de las deficiencias de la egregia escritora, no sólo ante la recta razon, sino ante el tribunal de la conciencia cristiana; deficiencias que ella misma confesaba, segun hemos visto en el anterior capítulo, y que en todo caso se echan de ver estudiando sus obras, mayormente las históricas.

¿Quién de los lectores de nuestro insigne clásico no habrá observado la inexactitud con que cita los textos de la Escritura, que ella acepta como fuente principal del conocimiento cristiano, pero á la cual no alcanza sino de la manera imperfecta que está permitida á los que sólo han podido leerla en latin, idioma para ellos desconocido? ¿No es doloroso que incurra en la cita de los textos que le sirven de base, en lamentables equivocaciones de palabra y de concepto, que le impidieron seguir una línea recta en su camino espiritual? Oígasela, por ejemplo, cuando dice:

«Esta casa queria dar á entender aquí que es Cristo. En una parte me parece haber leído ú oído que *nuestra vida está escondida en Cristo ú en Dios, que todo es uno ;ú que nuestra vida es Cristo.* En que esto sea ó no, poco va para mi propósito.»

Calcule el lector la luz que hubiera derramado en su mente el saber que el texto dice: *Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios*; lo cual hubiera bastado para abrir á su alma horizontes desconocidos y evitar los capitales errores teológicos incluidos en la frase que acabamos de copiar.

Como ésta podríamos citar infinitas, nacidas de la estúpida prohibicion de leer los Libros Sagrados en lengua vulgar, que ha prevalecido durante tantos siglos, y

merecido esta fulminante censura de labios de la misma Santa, cuando dice:

«La puerta para entrar en el Castillo es la oracion y consideracion; no digo más mental que vocal, que *como ser oración, ha de ser con consideracion*, porque la que no advierte con quien habla y *lo que pide*, y quién es quien pide á quién, *no la llamo yo oracion, aunque mucho menee los labios.*» (*Moradas*, cap. 1.)

¡Oh poder del fanatismo, que lleva aún las grandes almas á las mayores inconsecuencias! Santa Teresa, que esto conocia, mandó á sus hijas espirituales, como ella lo hizo en vida, orar muchas horas cada dia en el *Breviario*, del cual no entienden apenas una palabra. Miles de monjas, por mandato de la Santa, *piden hoy sin advertir lo que piden, oran sin consideracion*, y no hacen más que *menear los labios*. ¿Puede darse mayor insensatez, hija solamente del catolicismo de la célebre reformadora?

Esta inconsecuencia le proporcionó mayores caidas. Cuando más remonta el vuelo á las regiones de la luz, siente repentinos defallecimientos, y se la vé descender rápidamente al bajo suelo por el asalto inoportuno de un pensamiento católico-romano.»

Así, dice en la *Morada* 1.^a, cap. 2:

«Y á mi entender, jamás nos acabaremos de conocer, si no procuramos conocer á Dios; mirando su grandeza, conocemos nuestra bajeza; y mirando su limpieza, vemos nuestra suciedad.....»

«Por esto digo, hijas, que pongamos los ojos en Cristo nuestro bien, y allí aprenderemos la verdadera humildad *y en sus santos.*»

He aquí que la Santa, en lugar de ir de Cristo á Dios, ó de ver á Dios revelándose en Cristo, siente fatigar sus alas por falta de sosten bíblico, y se deja caer misera-

blemente en los santos, haciendo una ecuacion entre ellos y Cristo, entre ellos y Dios, que es el más colosal de los errores católico-romanos.

Hé aquí otra caida, entre muchas otras que podríamos citar, debidas al catolicismo de Santa Teresa.

El capítulo tercero de la *Morada* 3.^a, es un lio, en que da lástima aquel espíritu bravo acometiendo una empresa, que en términos católicos, le era imposible llevar á cabo; y después de luchar con las opuestas corrientes de su razon cristiana y su conciencia católica; despues de barajar ideas pequeñas y grandes al acaso, con la confusion de que dan idea estas frases: «Y confiar en los méritos de su Hijo y de la Virgen Madre suya..... Alabadle, hijas mias, que lo sois de esa Señora.....» sale del pantano en que su Iglesia la ha metido, diciendo:

«Ya no sé lo que me digo, que me he divertido mucho; y en acordándome de mí, *se me quiebran las alas* para decir cosa buena.»

Es verdad que se le quiebran las alas; pero no *por acordarse de sí*, pues no ha dicho de sí misma una palabra, sino porque su sentido natural y cristiano protestaba de la impía y antibíblica doctrina que se consideraba obligada á enseñar.

* * *

Santa Teresa fué católica, á pesar suyo, en algunos pasajes de sus obras doctrinales; pero lo fué completa y espontáneamente en las históricas.

Son éstas la expresion, el trasunto de su vida diaria, en sus relaciones con el *vulgo* que le rodeaba, en sus bregas con el *confesor*, en sus obligaciones prácticas,

ritos y adoraciones propias del catolicismo. ¿Ganó ó perdió en su reputacion de escritora, de pensadora y de Santa con esta entrega total de su vida práctica á las corrientes de la tradicion?

El estudio detenido de esta cuestion nos llevaria demasiado lejos. Diremos solamente que no hay persona sensata que no compadezca el desequilibrio de sus facultades en aquella série no interrumpida de visiones fantásticas, que, como á D. Quijote, le hacian ver do quiera gigantes, vestiglos, demonios, ángeles, apariciones, sin dejar á su atribulado espíritu un momento de descanso. Es verdad que este estado patológico pudo haberlo preparado su primitiva aficion á los libros de Caballerías que, segun confiesa en su propia *Vida*, fueron las delicias de su adolescencia, y que ya heredó de su propia madre; pero no es ménos cierto que el catolicismo romano fomentó en ella tan insana propension con sus aplausos, doctrinas y antecedentes.

La condenacion que merecen tales aventuras ó desventuras, objeto de los más voluminosos libros de Santa Teresa, no hemos de formularla nosotros, pues lo hicieron en su tiempo el P. Salazar, provincial de Castilla; el P. Tostado, el P. Suarez y entre otros muchos, y sobre todos, el insigne San Juan de la Cruz. (Véanse *Los datos biográficos* de D. V. la Fuente, en la edicion de Rivadeneira.)

A pesar de estos extravíos, y mayormente por ellos, la iglesia romana ha levantado altares á la ilustre avileña, que inconscientemente se prestó á ser víctima de las sugerencias romanistas, en daño y perjuicio de su propio cristianismo.

Bien caro lo pagó la buena Madre en su agitada vida, durante la cual no tuvo un día de paz, aunque luego se

le haya recompensado largamente su docilidad despues de su muerte. Calumnias, persecuciones, desdenes, amenazas de la Inquisicion, que tuvo durante diez años suspendida sobre su *Camino de perfeccion* la espada de Damocles; del Nuncio del Papa, que la llamaba con desprecio: *Fémina inquieta y andariega que se ha metido á escritora*; de sus propias hijas y compañeras espirituales qte, despues de darle mil disgustos, acabaron con ella en la forma que relata el ultramontano biógrafo ya citado:

«La priora de Valladolid se descompone con ella y la echa del convento. Llega á Medina del Campo, y la priora se insolenta con ella y la desprecia. Sálese del convento, sin probar bocado, desfallecida de enfermedad, cansancio y hambre. Al día siguiente, 17, está á pique de morir de necesidad en el camino, por no hallar qué comer en Peñaranda. Llega por fin á Alba el dia 20 de Setiembre, á las seis de la tarde, medio muerta: esfuerzase al dia siguiente para bajar á la iglesia á comulgar y vuelve á la cama para no levantarse más.....»

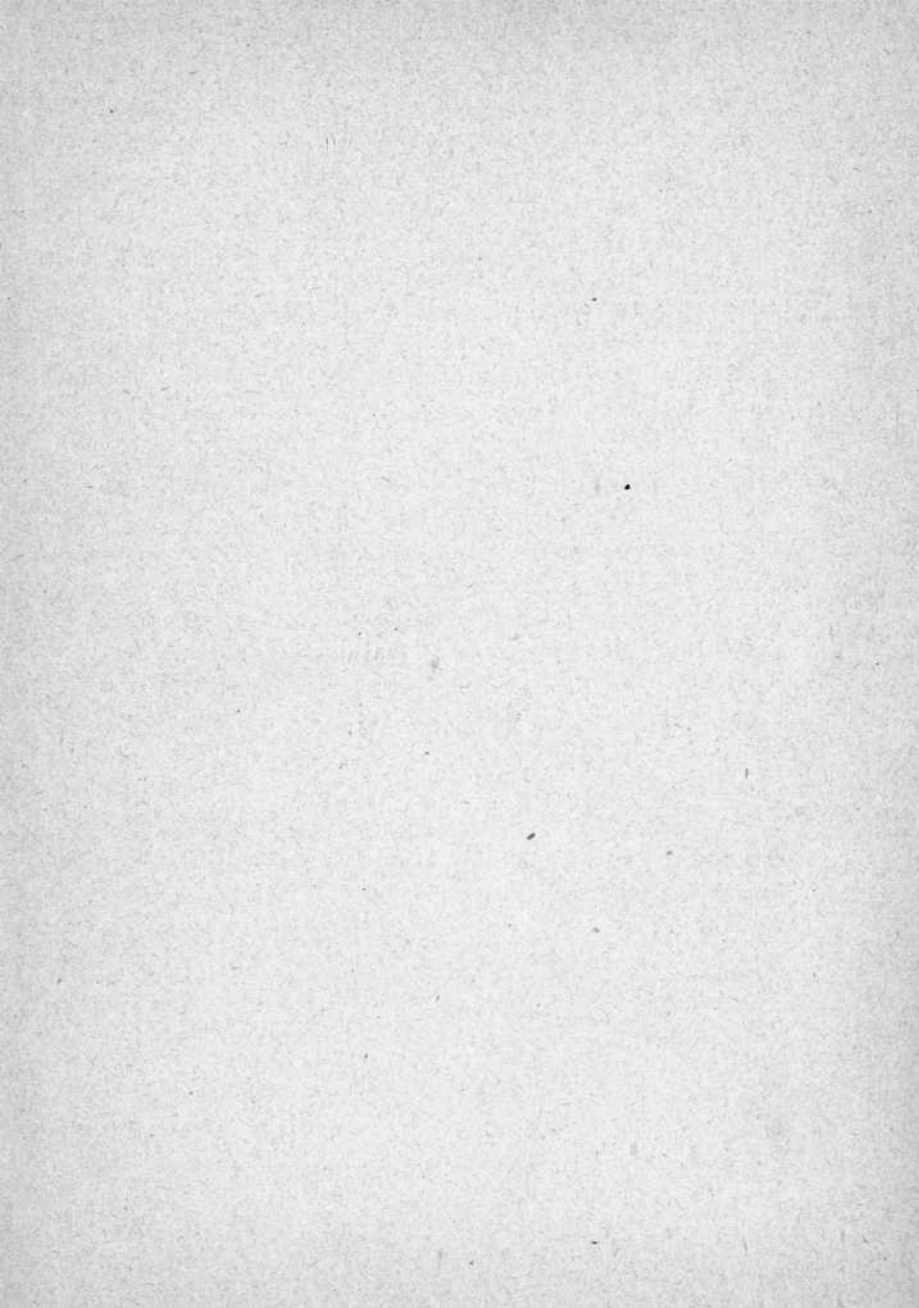
¡Así fué tratada por los suyos, así murió la que treinta años más tarde era beatificada y declarada doctora universal de la iglesia católica! ¿Qué significa esto? ¿Qué podemos deducir de los hechos y observaciones apuntados en este capítulo?

El espíritu de Santa Teresa se salía del medio ambiente que la rodeaba, rebasaba los moldes de su iglesia, no podia engranar con las mohosas ruedas de este colosal artificio que se llama iglesia romana. De ahí sus rozamientos, sus choques, sus combates, que llenan gran parte de su vida. La iglesia oficial ha prescindido, despues de la muerte de Teresa, de lo que la distinguia, de lo que la diferenciaba de sus correligionarios; haciendo,

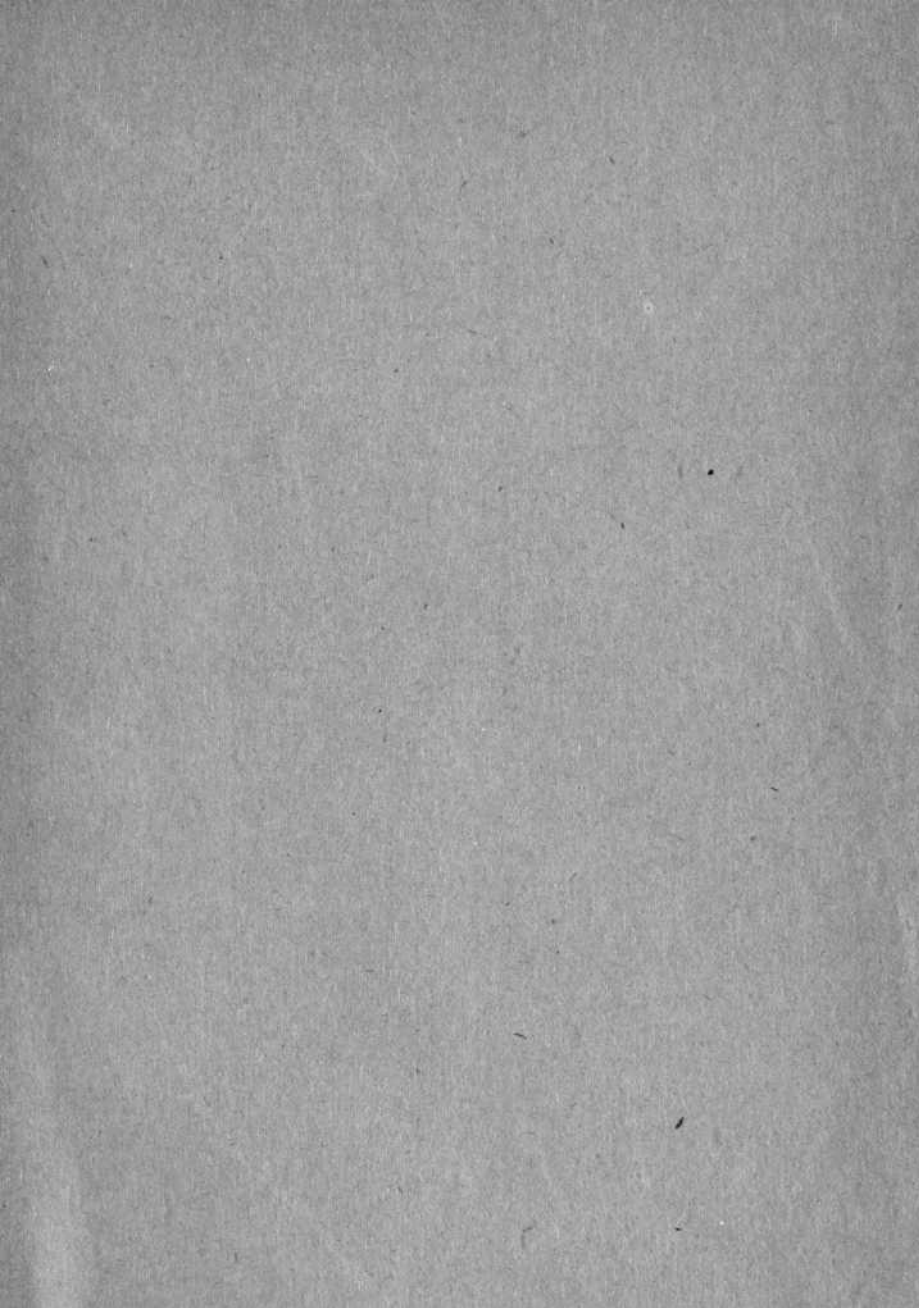
en cambio, resaltar lo que tenia con ellos de comun, aplaudiendo hasta sus exageraciones. Así ha resultado un tipo falso ó incompleto, que se puede juzgar en una sola frase. Que odiada en vida por los prohombres del catolicismo, ha sido objeto de descomunal apoteosis despues de su muerte. ¿Quienes acertaron? ¿los que juzgaron á la mujer viva ó á la mujer muerta?

Indudablemente los primeros. Aunque ninguna de las doctrinas de Santa Teresa de Jesus era anticatólica, lo era su espíritu, lo era su *tendencia*, lo era su *aspiracion* según hemos demostrado. En su ignorancia de mujer, y mujer de aquel tiempo, no supo lo que era la Biblia, lo que es el Evangelio; tuvo que verlo á través de los prismas clericales y entre las nieblas del latin; pero fué bastante para que se criara en ella un espíritu, que luchaba sordamente con el espíritu y las personas de la Iglesia católica romana, á la cual no dejaba de pertenecer. Esta es la clave de las persecuciones que hubo de sufrir; refiriéndose á las cuales decia que «de hacian guerra todos los demonios;» pero estos demonios tenian todos forma clerical.

Hoy no han quedado de Santa Teresa en pié más que sus fantasías y extravagancias. Ninguna persona católica devota lee sus *Exclamaciones*, ni sus *Conceptos de amor Divino*, ni apenas sus *Moradas*. Se han vulgarizado, en cambio, sus *Fundaciones*, su *Vida* y demás excentricidades, que hablan sólo á la *imaginacion*; porque ya solamente lo que afecta á la imaginacion y á los *sentidos* cultiva y desarrolla la Iglesia católica, apostólica, romana, distanciada inmensamente de la Palabra de Dios, á la cual se atiene y por quien únicamente vive el Protestantismo.







23

